

Ser mujer, una obra de coraje. Narrativas de mujeres salvadoreñas en el siglo XXI

**Being a woman, a work of courage. Narratives of
Salvadoran women in the 21st century**

Olga Vásquez Monzón

Docente e investigadora,
Departamento de Ciencias de la Educación,
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas
El Salvador

Correo: ovasquez@uca.edu.sv

ORCID: 0000-0002-6175-4311

DOI: <https://doi.org/10.51378/eca.v77i770.7593>

Palabras clave:

narrativas, mujeres, feminidad, patriarcado.

Keywords:

narratives, women, femininity, patriarchy.

Recibido: 19 de septiembre de 2022

Aceptado: 14 de noviembre de 2022



Artículo

Resumen

Los cambios económicos, jurídicos, políticos, científicos y culturales han favorecido la desestructuración de la identidad femenina patriarcal. En el caso de El Salvador, al menos desde los Acuerdos de Paz, el activismo sociopolítico desplegado por los diversos movimientos feministas y las organizaciones de mujeres han cuestionado la definición de mujer como un ser en función de otros. Varios estudios producidos en El Salvador en años recientes dan cuenta de la proyección de las mujeres en el espacio público a través de la ciencia, la economía, la política y la cultura. Pese a ello, la reflexión en torno a cómo estos cambios han impactado la narrativa de las mujeres en los espacios cotidianos está pendiente. Desde el campo de los estudios culturales, esta investigación analiza las narrativas de mujeres salvadoreñas con el objetivo de identificar continuidades y/o rupturas del modelo de identidad femenina patriarcal en el siglo XXI.

Abstract

The economic, legal, political, scientific and cultural changes have favored the destructuring of the patriarchal feminine identity. In the case of El Salvador, at least since the peace accords, the sociopolitical activism displayed by the various feminist movements and women's organizations have questioned the definition of women as beings in function of others. Several studies produced in El Salvador in recent years give an account of the projection of women in the public space through science, economics, politics and culture. Despite this, reflection on how these changes have impacted the narrative of women in everyday spaces is pending. From the field of cultural studies, this research analyzes the narratives of Salvadoran women with the aim of identifying continuities and/

or ruptures of the patriarchal female identity model in the 21st century.

Introducción

Conocerse consiste en interpretarse a uno mismo, señaló Paul Ricoeur (1999). Pero ese conocimiento está mediado por múltiples signos culturales, entre ellos, la narración. La interpretación de sí que se construye mediante la función narrativa enfoca y construye sentido a partir de la articulación de los diversos eventos y las experiencias cotidianas.

En la cultura patriarcal, más que interpretarse a sí mismas, las mujeres han representado una identidad que naturaliza la condición de *ser-para* y *ser-de-los-otros* (Lagarde, 1990). Desde finales del siglo XIX —momento en el que se definió el sistema educativo vigente—, tanto los libros de texto como los manuales representaron a las mujeres asociadas al espacio doméstico y a funciones cotidianas como la preparación de alimentos, la limpieza, el mantenimiento del hogar, la crianza y el cuidado de la familia. En 1847, un redactor de la *Gaceta del Salvador* exhortaba a los padres a delimitar las actividades diarias de las hijas asegurando que era trabajo de la cabeza del hogar poner horarios y ocupar el tiempo de las hijas en actividades útiles propias de su sexo (Vásquez Monzón, 2015).

Los manuales y las cartillas de urbanidad, de modales, de higiene o de economía doméstica¹ estaban orientadas a regular la rutina cotidiana de las mujeres en función de otros. A la manera de un catecismo, la *Cartilla de Higiene y Economía Doméstica para uso de las escuelas de niñas*, publicada en Madrid en 1884, define con precisión:

¿Cómo distribuirá el tiempo útilmente el ama de casa?

1 Puede consultarse el trabajo de Rodríguez, L. (2021). Los manuales de economía doméstica en la escuela: contabilidad hogareña, educación de las emociones y enseñanza práctica para el hogar (Argentina, fines del siglo XIX y principios del XX).

Del modo siguiente: se emplean generalmente el lunes y martes en el lavado; el miércoles en secar la ropa; el jueves se repasa; el viernes se dedica al planchado; el sábado a la limpieza general, y el domingo al descanso y al recreo.

¿Cómo se distribuirán las horas durante el día?

Las primeras horas de la mañana se destinan al aseo de las personas y habitaciones, la preparación del desayuno y comida; las horas siguientes, o sea el centro del día, se dedican a la ocupación general según se ha dicho al hablar de los días de la semana (Casilda Monreal, 1884, p. 38).

Según Monreal, la cartilla de economía doméstica debía “entretener agradable y útilmente un tiempo que no sabría tal vez a qué dedicar provechosamente” (1884, p. 46). Los temas de la cartilla incluían conservación y preparación de alimentos; tipos de bebidas; consejos para la limpieza, ventilación y mantenimiento de la vivienda; ejercicio al aire libre; higiene y estimulación adecuada de los cinco sentidos, e identificación de tejidos para la confección de ropa. Todos considerados saberes propios del ama de casa, indispensables para “saber gobernarse”.

En El Salvador, el plan de estudios de educación primaria de 1894 también incluyó la asignatura de Economía Doméstica para las niñas (Flores, 2015, p. 95). Si bien la inclusión de esta materia refleja una concepción de feminidad enmarcada en lo doméstico, la identidad —en este caso femenina— no es resultado exclusivo de un manual o una asignatura. La conciencia individual de lo que significa ser mujer es resultado, sobre

todo, de las prácticas, los usos y las costumbres cotidianas.

Marcela Lagarde sostiene que, a lo largo del siglo XX, los cambios económicos, jurídicos, políticos, científicos y culturales favorecieron la desestructuración de la identidad femenina patriarcal. En el caso de El Salvador, al menos desde los Acuerdos de Paz, el activismo sociopolítico desplegado por los diversos movimientos feministas y las organizaciones de mujeres² ha cuestionado la definición de mujer como un ser en función de otros. Varios estudios producidos en El Salvador en años recientes dan cuenta de la proyección de las mujeres en el espacio público a través de la ciencia, la economía, la política y la cultura³. Pese a ello, la reflexión en torno a cómo estos cambios han impactado la narrativa de las mujeres en los espacios cotidianos está pendiente.

Si bien, desde el punto de vista etimológico, lo cotidiano es lo que acontece diariamente —la rutina, lo monótono, lo de siempre—, hay que recordar que la cotidianeidad no es estática. La dinámica cotidiana ofrece un conjunto de síntomas de procesos estructurales (Ramos Escandón, 1992) que permite no solo el recuento de usos y costumbres, sino también tomar contacto con las formas en que la sociedad se sitúa frente a la rutina en medio de los cambios sociales (Torres, 1995).

La vida cotidiana como objeto de estudio ha sido un espacio tradicionalmente desdeñado. Sin embargo, en el caso de las mujeres, este “único espacio que el patriarcado les ha reconocido históricamente ellas lo han convertido en ámbito de creatividad a todos los niveles” (Tamayo, 2014, p. 10). Se hace necesaria la revisión de lo que sucede en este

-
- 2 Ver Herrera, M. (2008). *Movimiento de mujeres en El Salvador 1995-2006: estrategias y miradas desde el feminismo*; Blandón, F. y Herrera, M. (2007). *Expresiones organizativas de mujeres a nivel municipal*.
 - 3 Ver los números 13 y 14 de *Identidades. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades* del Ministerio de Cultura. Los dos monográficos recogen estudios sobre la participación de mujeres en la vida política, la violencia contra las mujeres y algunos hitos fundamentales en la historia de las mujeres, y la legislación y la institucionalidad desde la perspectiva de género. Otras publicaciones han analizado los discursos y las representaciones culturales que, desde los medios de comunicación y las industrias culturales, intentan mantener inalterable la identidad femenina patriarcal: Guzmán Velasco, 2017; Carballo, 2016.

ámbito, ya que la construcción de la autonomía femenina no ha sido resultado exclusivo de los movimientos políticos o proyectos revolucionarios, sino del ejercicio cotidiano de negociación en las relaciones de poder (Vásquez Monzón, 2015).

Desde el campo de los estudios culturales, esta investigación analiza las narrativas de mujeres salvadoreñas del siglo XXI con el objetivo de identificar continuidades y/o rupturas del modelo de identidad femenina patriarcal en el siglo XXI. Interesa señalar aquellos procesos, prácticas o situaciones cotidianas que favorecen la desestructuración de la identidad femenina patriarcal a partir de nuevas narrativas.

1. Ruta metodológica

Este ejercicio investigativo es resultado de una co-laboración entre mujeres vinculadas a dos ámbitos: la academia y la organización feminista⁴. Cada una de las integrantes del equipo sugirió ideas, hizo preguntas, aportó entusiasmo y gestionó los recursos necesarios para desarrollar las fases del proyecto. La

recolección de información se hizo a través de una entrevista semiestructurada. Gracias al esfuerzo compartido, entrevistamos a veinte mujeres salvadoreñas de diferentes edades, oficios y lugares de residencia, tomando como guía para la definición de perfiles los datos demográficos de la Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples del 2019 (ver Tabla 1). Con el objetivo de establecer puntos de comparación en las narrativas, se entrevistó también a siete mujeres salvadoreñas pertenecientes a la organización feminista.

Del total de entrevistas, once se realizaron de manera presencial, lo que requirió desplazarnos a las cabeceras departamentales de Usulután, Santa Ana, Suchitoto y San Salvador. El resto de entrevistas se desarrolló a través de la plataforma Meet. Este recurso no solo facilitó el contacto con mujeres migrantes residentes en las ciudades de Ottawa, Henderson, Baltimore, Orlando y Washington, sino también permitió entrevistar a aquellas mujeres que prefirieron hacerlo de manera virtual desde los municipios de Santiago de María, Las Vueltas, Suchitoto, Tecoluca y San Salvador.

Tabla 1. Perfil de las mujeres entrevistadas

Ocupación	Edad	Residencia	Ocupación	Edad	Residencia
Cocinera	71	Suchitoto	Vendedora por catálogo	42	Santa Ana
Ama de casa	61	Santa Ana	Tortillera/oficios varios	41	Arambala, Morazán
Activista feminista	61	San Salvador	Técnica en ONG	36	San Salvador
Trabajadora social	60	Ottawa (Canadá)	Técnica en ONG	36	Suchitoto
Vendedora de mercado	53	San Salvador	Técnica en ONG	35	Tecoluca

4 El proyecto de investigación fue avalado y financiado por la Colectiva Feminista para el Desarrollo Local.

Ocupación	Edad	Residencia	Ocupación	Edad	Residencia
Motorista	52	Baltimore, MD	Psicóloga desempleada	35	Santa Ana
Gestora de proyectos en ONG	51	San Salvador	Formadora en ONG	34	San Salvador
Secretaria	51	San Salvador	Cosmetóloga	31	Suchitoto
Vendedora de ropa/taxista	49	Usulután	Técnica en ONG	30	San Salvador
Recepcionista	48	Suchitoto	Agente PNC	28	Ahuachapán
Warehouse manager	44	Orlando, FL	Maestra	24	Santiago de María, Usulután
Promotora de salud	46	Las Vueltas, Chalatenango	Abogada desempleada	23	Morazán
Asistente en empresa familiar	48	Washington, D. C.	Estudiante	18	Las Vueltas, Chalatenango
Consultora/ oficios varios	46	Henderson, NC			

Fuente: Elaboración propia con base en el listado de las mujeres entrevistadas.

El análisis de los resultados de la investigación se hizo a partir de algunos de los elementos constitutivos de la identidad. La presentación de resultados está agrupada según estos elementos. En el primer apartado, se presentan los hallazgos referidos a la manera como las mujeres se interpretan en los confines de su universo cotidiano. El segundo aborda el tema de los límites y posibilidades asumidos desde la crianza. En el tercer apartado, se explora la conciencia de sí y de su entorno inmediato. El cuarto apartado ofrece una mirada sobre cómo conciben su pertenencia a la comunidad nacional y local. El último apartado recoge elementos de su proyección y sueños futuros.

2. Resultados

2.1. El universo cotidiano: roles y relaciones

La narrativa sobre la cotidianidad ilustra cómo la vida de estas mujeres gira alrededor de otros y para otros. Lo que nos cuentan de sí mismas coincide con los resultados de la Encuesta Nacional del Uso del Tiempo 2017, que muestra que las mujeres dedican más tiempo a las tareas domésticas no remuneradas que los varones (DIGESTYC, 2017). Estas tareas incluyen actividades como las compras, la limpieza y el mantenimiento de la vivienda, la preparación de alimentos y

bebidas, el lavado, el planchado, el acomodo de ropa y el cuidado de mascotas y plantas. En pleno siglo XXI, buena parte del día se les va en cumplir con las tareas descritas en el manual de economía doméstica de finales del siglo XIX.

Me levanto a las siete, luego les doy desayuno a las niñas porque yo las cuido. De ahí ya las llevo a la escuela (ama de casa, 61 años, Santa Ana).

Despierto a las tres de la mañana. Después de mis oraciones matutinas, voy a ver a mi mamá, que tiene un ACV. Luego me baño, hago el desayuno para mi esposo, para mi mami y el de la casa (promotora de salud, 46 años, Las Vueltas).

Yo, a las cuatro, estoy de planta ya. Ahí comienzo la vida. Me pongo a hacer las cosas de la casa, despacho a mi hijo al colegio y me vengo para acá para el mercado (vendedora de mercado, 53 años, San Salvador).

Me levanto a las seis de la mañana. Inicio reviviendo a mi hija que está en el último año de bachillerato, que le cuesta la levantada. Luego, bajo y limpio las jaulas a los pericos y el plato del perrito (técnica de ONG, 51 años, San Salvador).

Me levanto a las cuatro de la mañana, me baño y luego lavo las doce libras de maíz que tengo que llevar al molino. Salgo a agarrar el bus y luego regreso y comienzo a tortear. A veces voy a lavar a alguna casa, otras veces hago tamales (tortillera, 41 años, Arambala).

En el caso de las mujeres que tienen un empleo, aun cuando dedican el día a esas tareas, el oficio doméstico sigue bajo su responsabilidad. Algunas estiran el día madrugando y trasnochando, o simplemente trasladan buena parte de este trabajo al fin de semana.

Al mismo tiempo que hago cosas en la casa, asisto a mi esposo en una pequeña empresa en el rubro de la construcción que él montó en plena pandemia cuando se quedó sin trabajo. Llevo correspondencia, archivo digital y físico. Esto incluye el control de planilla, facturas y propuestas técnicas. Luego de eso, atiendo a mis hijos en el almuerzo. Es una mezcla entre tareas del hogar y el trabajo para mi esposo (psicóloga, 48 años, Washington, D. C.).

La representación femenina patriarcal sostiene que la mujer debe ser abnegada, debe sacrificarse por otros, subordinar sus propios intereses y necesidades en favor de los hijos y el marido. Aún persiste la idea de que la mujer es la última que se acuesta y la primera que se levanta. La imagen de la feliz ama de casa que limpia, lava y cocina sin ninguna fatiga es un estereotipo que justifica y legitima la falta de remuneración del trabajo doméstico. Esta representación refuerza la idea de que el trabajo doméstico es algo connatural al sexo femenino o, peor aún, una virtud en las buenas mujeres.

Aun cuando asumen esta rutina como su rol natural, las mujeres entrevistadas señalaron que hay momentos que les resultan desagradables. No les gusta cuando llega fin de mes y hay que ajustar el dinero para pagar los servicios básicos, los préstamos y las cuotas escolares. Tampoco les gusta madrugar. Y, contrario a lo que muestran las representaciones construidas desde la publicidad, a las mujeres no les gustan los oficios domésticos ni levantarse de madrugada.

Otro momento que todavía no logro encontrar salida es cuando salgo y regreso a la casa y veo que hay cosas domésticas que no están hechas. Y ahí me siento entre culpable y reclamona y no me gusta ese momento (activista, 61 años, Suchitoto).

Lo que menos disfruto es madrugar para hacer limpieza en la cocina, aunque me gusta cuando

veo que todo está limpio (estudiante, 18 años, Las Vueltas).

¡Ay, [no me gusta] limpiar! Hacer los oficios. Si cocino, no me gusta lavar los trastos. El trabajo de la casa no me encanta. Es lo que menos disfruto (trabajadora social 60 años, Ottawa).

Lo que menos disfruto es levantarme de madrugada, no me acostumbro (tortillera, 41 años, Arambala).

Sin embargo, identificaron también momentos agradables en medio de la rutina: disfrutaban mucho de los encuentros. Ya sea en la comida, cuando los nietos y las nietas llegan de la escuela; o, a la hora de dormir, cuando platican con los hijos e hijas sobre cómo les fue en la escuela y lo que pasó en el día; o con las compañeras de trabajo a la hora del almuerzo; o cuando se reúnen a comer con su pareja en medio del ajeteo del día.

El momento que más disfruto es a las tres de la tarde, cuando ya va a regresar la niña. Cuando la veo venir y ya me siento a platicar con ella (tortillera, 41 años, Arambala).

Quizá el momento en la mañana, que me levanto, hora fresca, nos tomamos un café. Y quizá ya en la tarde, cuando llego a casa, porque le doy gracias a Dios que llegué a casa con bien y viva. Y compartir un rato con mis hijos. También me encanta mi trabajo. Yo lo disfruto porque me gusta la relación entre personas (técnica en ONG, 35 años, Tecoluca).

Otro momento que las mujeres identificaron como agradable es cuando dedican un espacio para sí mismas. Hacer ejercicio, escuchar música, regar las plantas o hacer algún ritual para comenzar o finalizar el día. Algunas lo hacen en su casa, otras en la

oficina, otras en el transporte mientras van o vuelven de su trabajo.

A veces, cuando logro, vengo temprano a la oficina. Me gusta escuchar cierta música, hacer meditación y prepararme para el día. También ir a la cancha con los niños, ellos juegan y yo me desconecto (técnica ONG, 36 años, San Salvador).

Venir en el bus, observar a quienes vienen, sobre todo ahora con el distanciamiento (secretaria en universidad, 50 años, San Salvador).

Cuando no había pandemia yo disfrutaba el momento de andar en los buses (técnica en ONG, 35 años, Tecoluca).

Me gusta cuando estoy sola (risas). No es que no me guste estar con mis hijos. Pero en los momentos en que estoy sola trato de hacer mi propio horario y en ocasiones logro adelantar tareas de casa para descansar y ver un programa o escuchar música. Me gusta mucho ver documentales y mantener mi mente ocupada. Siempre mantuve el deseo de no desconectarme totalmente y traté de establecer alguna comunicación con personas en El Salvador. Hago consultorías o asesorías, webinarios y capacitaciones *ad honorem*. Eso me mantiene motivada. Disfruto el saber que tengo que preparar material o una conferencia (psicóloga, 46 años, Washington, D. C.).

En contraste con los rasgos de la identidad femenina patriarcal, las entrevistadas mencionaron el descanso como una práctica que forma parte de su rutina cotidiana. Y, entre los objetos asociados a esta práctica aparece la hamaca. Ya sea para tomar una siesta o para recostarse a descansar un rato, la hamaca resulta un dispositivo recurrente para sostenerlas en medio del ajeteo cotidiano, tanto en el área rural como en el área urbana.

Descanso en mi casa, tengo una hamaca. Los domingos estoy haciendo mis actividades domésticas y escucho música, de la viejita, por cierto, eso me relaja (secretaria en universidad, 50 años, San Salvador).

Me acuesto en la hamaca y me duermo una hora. Aprovecho cuando los niños están en la escuela (cocinera, 71 años, Suchitoto).

Me puedo acostar en la hamaca y escuchar música, me encanta escuchar música. Y ahí, relajada en mi hamaquita... pero de que me vaya a dormir, no puedo. Como los chiquitines, cuando estoy aquí, están activos, aprovechan a molestar más (risas) (técnica en ONG, 35 años, Tecoluca).

Otras formas de descanso para las mujeres entrevistadas es escuchar música o tomar un café. Ambos rituales están asociados al placer de cortar con la rutina y dedicar un tiempo para sí mismas, para encontrarse con la familia, con la gente de la iglesia o las amigas más cercanas.

A veces leo o escucho música. Bailo en la casa. A veces con las niñas, a veces sola, a veces con mi esposo. A veces agarro media hora para recostarme y pongo música suave y me quedo dormida (promotora de salud, 46 años, Las Vueltas).

¡Dormir! No es la gran cosa, pero sí me agarro una siesta. Y tomar café, que es mi gran pasión. Y escuchar música, es algo que a mí me relaja y tranquiliza (vendedora por catálogo, 42 años, Santa Ana).

Descansamos cuando llegamos a la iglesia, ese es un descanso. Acuértese de que la oración es un descanso (vendedora de mercado, 53 años, San Salvador).

Algunas de las mujeres entrevistadas dijeron que descansan viendo series, películas, documentales o reportajes en televisión

(abierta, por cable y *streaming*) o leyendo un libro. Sin embargo, también hubo quienes señalaron que el descanso no forma parte de su rutina.

Prácticamente no descanso. Siempre hay algo que hacer (tortillera, 41 años, Arambala).

Casi nunca (descanso), es una deuda conmigo. A excepción de cuando me voy a dormir (técnica ONG, 36 años, San Salvador).

La identidad femenina patriarcal concibe la dinámica relacional de las mujeres concentrada en sus funciones de hija, madre o esposa. En el caso de las mujeres entrevistadas, el círculo de relaciones cotidianas es más amplio. Tanto las mujeres en el territorio nacional como las migrantes tienen una red que trasciende lo doméstico. Para momentos de ocio o entretenimiento —tomar un café, platicar un rato, salir por una copa de vino o una cerveza— las entrevistadas dijeron buscar a las amigas, a las vecinas o a las mujeres de su familia. A pesar del mandato de que la mujer se debe a su familia, parecería que las relaciones de solidaridad y complicidad ocupan un lugar importante en el círculo inmediato de las entrevistadas. Esto es relevante pues, ante el modelo patriarcal de relaciones basado en la dominación, las relaciones de amistad representan un espacio para practicar la horizontalidad y el poder compartido.

Cuando se trata de hacer frente a situaciones problemáticas o toma de decisiones, la red de relaciones de las mujeres entrevistadas se amplía hacia los hermanos, el padre, los guías espirituales (predicador/sacerdote) y Dios. La representación de Dios está asociada a la búsqueda de consuelo, fuerza y sabiduría. Si bien la presencia de figuras masculinas podría interpretarse como una dependencia de la autoridad patriarcal para resolver problemas o tomar decisiones, es importante precisar que la consulta no se hace de manera exclusiva a los varones, sino que aparecen como una opción más dentro de la red de

relaciones. Más que la figura masculina parece importar la condición de la primogenitura: tanto las hermanas como las madres o las abuelas buscan apoyo con los primogénitos, sean estos varones o mujeres. Parecería que la primogenitura está asociada con sabiduría y experiencia de vida.

En cuanto a las relaciones de las migrantes entrevistadas, la percepción que predomina es la del aislamiento. Varias de ellas dijeron sentirse solas desde que dejaron el país porque no cuentan más que con su familia nuclear (pareja, hijos o solo hijos). Algunas de las mujeres migrantes dijeron dedicar un tiempo para conectarse con sus amistades a través de las redes sociales y aplicaciones como el WhatsApp, Skype o Meet, especialmente después de la pandemia.

Pese a que las relaciones cotidianas — tanto en casa como en el trabajo— también son fuente de tensión y conflicto, ninguna de las entrevistadas hizo mención explícita de situaciones de violencia. En una lectura ligera, podría afirmarse que no lo mencionaron porque no existe. Sin embargo, el Boletín

Estadísticas de Género Edición Especial 2019 señala que “aproximadamente 6 de cada 10 mujeres entre 15 y 29 años ha experimentado algún tipo de violencia a lo largo de su vida” (DIGESTYC, 2019, p. 10), lo que significa que esta invisibilización podría ser resultado de la normalización del autoritarismo⁵ y de la violencia como modo de convivencia en la cultura salvadoreña, como se verá más adelante.

2.2. La crianza: límites y posibilidades

Si bien es indiscutible que el universo de posibilidades de desempeño para las mujeres es más amplio que hace dos siglos, la narrativa de las entrevistadas da cuenta de la pervivencia de límites culturales a las que muchas de ellas han tenido que enfrentarse a lo largo de su vida. Aunque varias de ellas dijeron no haber experimentado nunca una prohibición explícita por el hecho de ser mujer, cuando se les preguntó qué habrían sido de haber nacido hombres, la barrera se hizo visible (ver Tabla 2).

Tabla 2. Percepción de límites y posibilidades para las mujeres

Perfil	Limitaciones experimentadas por ser mujer	Qué habrías sido si hubieras nacido hombre
Ama de casa, 61 años, Santa Ana	Mi papá decía que al hijo le iba a comprar un camión. A nosotras nos dijo: “Ustedes no pueden porque son hembras”.	Tal vez habría aprendido algún oficio, como el de manejar.
Vendedora por catálogo, 42 años, Santa Ana	Mi papá se preocupó por darles estudio a mis hermanos varones. A las mujeres no porque vivíamos en el campo y se puso la situación fea por la guerra. Pero yo sentí que era pretexto. Que él pensaba que si la mujer era sabia se le iba a ir y ya no la podría controlar.	Quizá habría estudiado. Hubiera sido una licenciada, hubiera puesto mi oficina o un negocio grande.

5 Para profundizar en este tema, ver el texto de Turcios, R. Autoritarismo y modernización: El Salvador 1950-1960.

Perfil	Limitaciones experimentadas por ser mujer	Qué habrías sido si hubieras nacido hombre
Tortillera, 41 años, Arambala	A los varones mi papá les dejó terreno donde hacer casa. Nosotras quedamos como a brazos cruzados por ser hembras. Y hoy en día mis hermanos tienen una empresa de miel.	Si yo hubiera sido varón, no andaría aquí luchando, estaría allá trabajando en esa empresa.
Agente PNC, 28 años, Suchitoto	En las materias de Tiro y de Intervención, yo sentía la presión de que tenía un hijo pequeño, pensaba en mi hijo mientras que mis compañeros no.	Si hubiera sido hombre, hubiese puesto mi dedicación completa para salir superbién en las materias esas.
Técnica ONG, 36 años, San Salvador	Por el deporte, me ofrecieron una beca en la Escuela Militar y mi papá me dijo que no, que eso era para hombres, que mejor estudiara enfermería. Igual fue con mi hermana, ella quiso meterse a la PNC para ser investigadora y él dijo que no.	Hubiera sido química farmacéutica, me gusta el área.
Activista, 61 años, Suchitoto	Recuerdo algún profesor en la escuela que me hizo un certificado en el que puso: “Es importante ser estudiosa, pero es más importante ser obediente”.	Si yo hubiera nacido hombre, habría podido salir y tener más libertad. Y también en tiempo de la guerra, porque el hecho de ser mujer me colocaba en segundo lugar.

Fuente: elaboración propia con base en las entrevistas realizadas.

En 2013, un estudio sobre las representaciones femeninas en medios de comunicación impresos en El Salvador mostró la perspectiva esencialista que mantienen los medios de comunicación sobre la función doméstica de las mujeres desde el siglo XIX (Marroquín y Vásquez, 2013). Casi diez años más tarde, las entrevistadas dan cuenta de la pervivencia de estas representaciones.

Desde aquellos años, a veces los mismos papás decían: “Ay, solo hembras”, y era como que se decepcionaban. Yo tengo un tío que aún dice que el nacimiento de una hembra es latición de perros. Nosotros somos nueve hembras y mi papá tenía un concepto que decía: “Si Dios me las ha dado, él sabe por qué y ellas me van a cuidar”. Y ya de último tuvo varones mi mamá y ahí sí la felicitaban mis tíos. Incluso

cuando tuve mi primera hija, me dijeron: “¡Ay, hembra tuviste! Un varón hubieras tenido. Que un varón sí te iba a sacar adelante” (tortillera, 41 años, Arambala).

En algunas zonas rurales salvadoreñas, la expresión “latición de perros” hace referencia al ladrido insistente de los perros sin motivo aparente. En la experiencia de esta mujer de Arambala, la frase hace referencia a la frustración que aún experimentan algunas familias ante el nacimiento de las niñas, en contraste con la celebración y el orgullo que implica la llegada de los niños.

Lo doméstico resulta un elemento configurador del universo femenino desde la infancia e incluso llega a ser una condición de sobrevivencia en la vida adulta: aprender a hacer

las cosas de la casa sirve para asegurar que el marido no las maltrate por no saber hacerlas.

Desde chiquitas nos enseñaron a hacer nuestras cosas: la lavada, la planchada. Mi mamá nos enseñó eso, a ser una buena mujer. Si no hubiera aprendido yo, *aquel*⁶ me hubiera topado. Teníamos que aprender, decía mi mamá, “para que cuando te casés tu marido no te vaya a *pescosear*” (vendedora de mercado, 53 años, San Salvador).

Nunca mi papá maltrató a mi mamá, como en el caso de otras familias. Me imagino que porque ella no le daba motivos a él. Yo agarré el ejemplo de mi mamá y nunca he sido maltratada, gracias a Dios. Quizás por mi modo. Nunca me gustó pelear. Me gustó ser hogareña, no andar celando mucho al hombre. Desde pequeñas podíamos echar tortillas. Aprendimos a lavar. Mi mamá decía: “Hay que aprender. Cuando se acompañen, ustedes van a hacer el oficio, y así no les van a estar restregando que no pueden hacer el oficio” (ama de casa, 61 años, Santa Ana).

Mi mamá, a nosotras, siempre nos inculcó que las mujeres debíamos aprender a cocinar, a planchar, a lavar, a tener limpia la casa, porque si no el marido nos iba a dejar con los ojos negros de que nos iba a *verguiar*: “Es que vos ahí vas a andar morada porque el hombre solo te va a pasar verguiando. Porque a los hombres les gusta que las mujeres los atiendan. Y que por eso el hombre cambia a la mujer de la casa porque la mujer de la casa no lo atiende” (técnica ONG, 35 años, Tecoluca).

Mi abuela decía que uno debía aprender a hacer un oficio, para que cuando nos casáramos el marido no nos aventara las cosas porque no sabíamos hacer las cosas bien (vendedora por catálogo, 42 años, Santa Ana).

Esta narrativa justifica y legitima la violencia como correctivo para las mujeres que no cumplen con el rol asignado. La buena mujer es la mujer *de casa*: sabe hacer las cosas de la casa, se mantiene en la casa, garantiza el funcionamiento de la casa y atiende al marido cuando está en la casa. Las palabras de las madres o abuelas advierten sobre el uso de la violencia —verbal o física— por parte de los maridos y preparan a las hijas para no dar motivo al maltrato.

La normalización de la violencia en la relación de pareja en El Salvador es endémica. El Observatorio de Violencia contra las Mujeres considera como indicadores nueve tipos de violencia: feminicida, física, psicológica, sexual, simbólica, patrimonial, económica, intrafamiliar y social.⁷ Y esta realidad no solamente está recogida en informes estadísticos. Desde el ámbito de la literatura, la escritora salvadoreña Claudia Hernández expuso la problemática en la obra *Tomar tu mano*, publicada por Laguna Editores en junio de 2021. El texto da cuenta de algunas voces y de los múltiples silencios de mujeres que viven sometidas a los maltratos diarios de la pareja en el contexto de la posguerra salvadoreña. En uno de los capítulos, la autora sitúa un diálogo en el que un tío le explica a un sobrino cómo corregir a su mujer.

Le pega si no lo saluda cuando llega.

Le pega si murmura a sus espaldas.

Le pega si los pisos de la casa no brillan.

Le pega si encuentra polvo en los muebles.

Le pega si los niños que le ha dado lloran.

Le pega si se resiste a abrirse cuando él quiere.

La golpea, sobre todo, si le plancha mal el pantalón.

Es la única manera en que entienden, le asegura.

Pese a que la violencia en múltiples formas atraviesa la cotidianidad de buena parte de las mujeres salvadoreñas, no todas las mujeres han sido criadas para someterse

6 Se refiere a su pareja.

7 Puede consultarse el sitio web del Observatorio en la dirección <https://observatoriodeviolenciaormusa.org>.

a ella. En la experiencia de otro grupo de entrevistadas, las madres, abuelas o tías a cargo de la crianza han funcionado como una especie de bisagra. La bisagra tiene la función articular dos piezas —generalmente una fija y otra móvil— a través de un eje común para lograr el giro de una de estas piezas sobre la otra. Muchas de las entrevistadas tuvieron madres, abuelas o tías *bisagras*. Es decir, aun cuando mantuvieron fijo el discurso sobre las funciones domésticas de las mujeres, permitieron el giro de la nueva generación a través de la ampliación de esquemas y horizontes desde sus acciones cotidianas.

Mi abuela era del discurso tradicional: hay que servir a los hombres, hay que servir en la casa. Pero eso no era lo que hacíamos. Entre mis hermanos y hermanas cada quien lavaba su plato. Mi abuela era una mujer que, a pesar de tener bien interiorizado el rol de mujer tradicional, tomaba decisiones y organizaba todo (técnica ONG, 36 años, Suchitoto).

Mi abuela me dejó ser bastante libre. Me dejó estar en grupos de teatro, de danza, en la parroquia. Eso me permitió conocer a otras mujeres en otros espacios, con otras mentalidades (técnica ONG, 35 años, San Salvador).

También tuve una figura muy cercana, que fue una tía que a mí me quiso mucho. Ella era más tradicional, de decir “las mujeres tenemos que ser buenas” y que “quien se casa ya triunfó en la vida”. Pero ella no se casó. Entonces había un discurso de que triunfar en la vida es casarse y, por otro lado, la realidad cotidiana era de otra manera. Yo con ella tenía una conversación directa, le preguntaba, teníamos una relación linda. Fue cómplice mía en muchos momentos. Incluso en tiempos de vida clandestina, muchas veces, me alojaba en su casa, me escondía (activista, 61 años, Suchitoto).

Al igual que las figuras de las tías o las abuelas bisagras, también ha habido padres

y madres que estimularon a las hijas a expandir sus horizontes a través del estudio.

Mi papá siempre nos impulsó a estudiar, e incluso me obligó a estudiar. Me motivó a aprender más. Cuando comenzó lo de las computadoras, nos inscribió en cursos de computación. Él tuvo apertura para que aprendiéramos. No tenía la mentalidad de que la mujer está ahí para barrer o trapear (psicóloga, 35 años, Santa Ana).

Mi papá viene de una familia que ha sido muy machista. Mi abuelo golpeaba a mi abuela, y los tíos, hermanos de mi papá, también golpeaban a sus esposas. Pero mi papá es diferente. De hecho, siempre recuerdo que, si mi mamá se enfermaba, él siempre nos ayudaba con el aseo de la casa. Él estaba pendiente de que comiéramos y de que estuviéramos bien (bachiller, 18 años, Las Vueltas).

Mi mamá siempre decía que ser mujer no significaba que nos íbamos a quedar allí, aguantando. Porque allá las mujeres trabajamos igual que los hombres, vamos a la milpa y todo. Entonces mis hermanas y yo logramos ir a sembrar, a hacer la milpa con mi papá. Decía mi papá: “Yo me siento orgulloso de mis hijas porque ellas parecen hombres” (tortillera, 41 años, Arambala).

Estas otras experiencias de crianza permiten pensar que las posibilidades de desmontar la identidad femenina patriarcal —y el modelo de masculinidad dominante— pasa por una práctica cotidiana que rompe con los límites de lo que ha sido considerado propio tanto para los hombres como para las mujeres. Aun cuando un padre elogie a sus hijas con la contradictoria frase: “Yo me siento orgulloso de mis hijas porque ellas parecen hombres”, hay un reconocimiento de que las mujeres pueden mostrar valor, fuerza y decisión, atributos que históricamente han sido asignados de manera exclusiva a los varones.

2.3. Conciencia de sí y del mundo

Aun cuando la experiencia de ser mujer en El Salvador del siglo XXI varía según los entornos culturales inmediatos, hay elementos de coincidencia cuando las entrevistadas señalan lo peor y lo mejor de ser mujeres (ver

Tabla 3). Además de la maternidad y de la experiencia del amor romántico, las mujeres entrevistadas señalaron que lo mejor de ser mujer es el apoyo y la complicidad entre mujeres.

Tabla 3. Percepción sobre lo mejor y lo peor de ser mujer

Lo mejor de ser mujer	Lo peor de ser mujer
<ul style="list-style-type: none"> - Los hijos - Darle vida a un bebé - Ser madre - Amar y ser amada - Poder desempeñarse en varios campos - Que entre mujeres nos apoyamos - La complicidad entre mujeres - Que se da con mayor facilidad la conjunción entre lo emocional, lo sexual, lo espiritual 	<ul style="list-style-type: none"> - Los dolores de parto - La menstruación - Criar sola a los hijos - Que nos enseñan a ser sumisas - Quedarse callada por miedo - Que piensen que somos débiles - El maltrato y la violencia - La discriminación y el acoso sexual - Somos más vulnerables a la violencia sexual - La humillación, la descalificación solo por el hecho de ser mujer - No ser tomada en cuenta por ser mujer - No estudiar - La paga no es la misma que la de los hombres

Fuente: elaboración propia con base en las entrevistas realizadas.

En cuanto a lo peor de ser mujer, las anécdotas permiten constatar la hostilidad que perciben en sus entornos inmediatos. Una formadora feminista de San Salvador señaló que lo peor de ser mujer para ella fue la menstruación: “Mi abuela me tenía a puro queso y tortilla mientras los demás comían lo que querían. Tampoco me dejaba jugar. Por eso se volvió lo peor: la menstruación me quitó el juego”. Para la gerente de una bodega en Orlando, lo peor de ser mujer es la paga. Ella afirma: “Uno puede ser bueno en lo que está haciendo, pero no te pagan igual, especialmente aquí en Florida. Cuando estuve en Nueva York, nunca lo pensé, pero aquí sí”. Un ama de casa de 61 años comentó

que, para ella, lo peor de ser mujer son “los dolores cuando uno va a ser madre. Tanto que uno dice: mejor no lo hubiera hecho. Con los cinco fue igual. Luego, cuando los veía, ya me alegraba. En algún momento, me dije a mí misma: ‘Muchos tuve, mejor hubiera tenido solo tres’”. Aun cuando aprendieron a disfrutar de la maternidad, y alguna considera el parto como el mejor momento en la vida de una mujer, cuando se proyectan en sus hijas la perspectiva cambia:

Quando tuve a mi hija, lo primero que pensé fue: “Yo no quiero que ella tenga hijos”. Como el mío fue un parto tan difícil y doloroso, y la vi a ella tan frágil y tan bonita, yo no

quería que sufriera (vendedora por catálogo, 42 años, Santa Ana).

La conversación con estas mujeres pone en evidencia que nacer mujer en El Salvador del siglo XXI todavía supone vulnerabilidad y desventaja. Tanto en la crianza como en la educación formal, en la casa o en el trabajo, las mujeres enfrentan inequidad y diferentes tipos de violencia cotidiana. Y esta es una realidad compartida en varios países de América Latina. Según el “Violentómetro” elaborado por la Unidad Politécnica de Gestión con Perspectiva de Género de la UNAM, las mujeres mexicanas enfrentan también son víctimas de intimidaciones, amenazas, humillaciones, descalificaciones, celos y chantajes.⁸ Sin embargo, la violencia más percibida es la sexual.

En el imaginario colectivo, la transición hacia la edad adulta pasa por prácticas sociales simbólicas distintas para hombres y mujeres. La expresión “ya es un hombre” alude a que el varón ha dado muestra pública de cualidades viriles como el valor, la energía, la fuerza, la capacidad de hacerse cargo de otros y la vida sexual activa. Para las mujeres, en cambio, el paso a la vida adulta está asociado con la primera relación sexo coital en la que ellas son receptáculo de la acción masculina, de donde se acuñó la expresión “te hice mujer”.

De esto dan cuenta infinidad de canciones populares producidas a lo largo de más de cincuenta años. Desde la famosa ranchera de 1952 en la que Pedro Infante reclama a su ingrata amada “recuerda un poquito quien te hizo mujer”; pasando por el grupo Mecano que en 1987 musicalizó la leyenda de la Luna que quiere ser madre “y no encuentras querer que te haga mujer”; hasta el grupo mexicano Tierra Cali que en 2007 sacó el sencillo “Yo fui quien te hizo mujer” o el reguetón “Te hice mujer” de Wisin y Yandel, de 2008. Todas estas letras expresan la idea de que la iniciación de las mujeres a la adultez pasa por la conquista y posesión sexual del cuerpo

femenino por parte de un varón, así sea de manera violenta.

Contrario al discurso dominante, las narrativas de varias de las entrevistadas aludieron a otro tipo de prácticas que, en su experiencia, marcaron el paso de la niñez a la edad adulta. Para ellas, expresiones como ser mujer o hacerse mujer significan tomar las riendas de la propia vida y enfrentar las múltiples desventajas que les presenta el contexto cotidiano. Hacerse mujer implica aprender a sortear con astucia la violencia, los abusos y la falta de oportunidades.

Las tentaciones que me puso mi tío fueron terribles: me ponía dinero en la cartera para que yo cediera. Un día me dijo que quería tener relación conmigo. Él sabía que yo no había estado con nadie y me dijo que no me iba a dañar, que solo me dejara tocar y me tiró a la cama. Como pude me salí de ahí a esperar que mi tía volviera. Agarré valor y le dije a mi tía. Y lo que me dolió es que ella me dijo que no podía hacer nada porque era su esposo. Entonces busqué a una amiga y ella me acogió en la casa de su mamá. Ahí me hice mujer porque tomé las riendas de mi vida. Ser mujer es ser fuerte, antes que nada. No dejarse caer ni dejarse chantajear ni intimidar por nadie (vendedora por catálogo, 42 años, Santa Ana).

Una vez se metió un señor a mi casa y quiso abusar de mí. Era el vigilante de la universidad. Yo lo saqué a la fuerza. Imagínese que se mete un hombre enmascarado a su cuarto, a violarla ¡y yo tener el carácter de sacar a ese hombre! El *maestro* iba cubierto y lo reconocí. Me tiré de la cama, abrí la puerta y grité. Le dije a mi hermana: “No abrás, pásame la pistola por la ventana que ahorita voy a matar a don Jack”. Y el señor pensó que yo lo iba a matar, y era mentira, si yo no tenía pistola. Pero él salió huyendo (vendedora de ropa, Usulután, 49 años).

8 Puede consultarse Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). (2014). *Violentómetro*.

Estas mujeres aportan elementos para dar nuevo sentido a la transición hacia la adultez. En el imaginario de este grupo de salvadoreñas, hacerse mujer no está asociado con el inicio de la vida sexual —muchas veces violento—, sino con hacerse cargo de sí mismas a pesar de la violencia. Hacerse mujer se concibe como construir oportunidades con lo que está disponible en el entorno inmediato para lograr un proyecto propio, acorde a sus deseos y aspiraciones. Justo en medio de esos escenarios adversos, las mujeres entrevistadas reconocen haber aprendido a reconocer su valía y a amar diferentes aspectos de sí mismas. Han aprendido a amar el propio cuerpo aun cuando ha sido violentado o cuando no llena los estándares de belleza del modelo de feminidad patriarcal. Han aprendido a amar su capacidad de empatía y solidaridad con otras mujeres, el optimismo para hacer frente a las dificultades, la alegría y la creatividad que emergen frente a las dificultades cotidianas. Incluso han aprendido a aceptar los elogios que reconocen sus convicciones, su trabajo y su valor como personas.

Estos aprendizajes son la base de lo que se conoce como autoestima, es decir, la percepción sobre sí misma que cada persona desarrolla en la medida que va expandiendo su propia conciencia. Más que con charlas o discursos, la autoestima se fundamenta en las percepciones de los propios logros y de las respuestas dadas en contextos retadores, especialmente fuera del entorno doméstico. Esto les ha permitido desarrollar igual capacidad para aceptar una crítica sin sentirse atacadas que para aceptar un elogio sin sentirse avergonzadas.

Es probable que estas narrativas se hayan reforzado por las historias difundidas en las series de televisión más recientes. Si bien algunas entrevistadas dijeron ver programas que se ocupan de aconsejar a las mujeres a ser buenas esposas, a obedecer y a no molestar a los maridos, otras mencionaron

haber visto programas cuyas protagonistas buscan su propia vida de manera decidida e independiente:

Vi *Juana de Arco*⁹ y me gustó. Primero porque defendió lo que creía. Ella creó una revolución y fue hasta las últimas consecuencias. Hasta tengo la música de la serie en mi celular (psicóloga, 35 años, Santa Ana).

Hay un programa que me gusta quizá por lo mismo que yo viví. Se llama *Unidad de Víctimas Especiales*¹⁰, donde hay una policía que atiende víctimas de abuso. Las cosas que ella les dice a las mujeres que han sido abusadas yo las agarro para mí. Y sí, es un programa, pero tiene mucho que ver con la realidad, porque a mí me pasó (vendedora por catálogo, 42 años, Usulután).

Desde pequeña, siempre he tenido el deseo de superarme. Desde que iba a quinto grado, quise ser de la tripulación de Avianca porque vi una serie que salía los sábados en canal 2 sobre mujeres tripulantes de cabina. Me enamoré de esas mujeres. Primero de su forma de vestir, luego investigué más sobre ellas (18 años, bachiller, Las Vueltas).

La que me gusta ahorita es una que se llama *Mujeres engañadas*¹¹. Me gusta la historia de cada mujer. La que más me gusta es la de Laura León, porque ella se dio cuenta de que el esposo la engañaba y ella lo dejó. Luego él la anda buscando, pero ella lo rechaza. Es bien bonita, porque en mi caso así me pasó: el papá de mis hijos me engañó, me dijo que a trabajar se había ido y mentira; cuando me di cuenta como al mes, se había ido con otra mujer, y yo esperándolo. Y primero yo le decía que volviéramos, por los hijos. Pero luego dije: “Lo tengo que olvidar”. Luego él me buscaba, me rogaba,

9 Producción canadiense, 1999.

10 Producción estadounidense, 1999.

11 Producción mexicana, 1999.

me llevaba flores. Pero ya le dije que no: “Usted me engañó, yo le fui fiel”. ¡Y jamás! Y hasta aquí (ama de casa, 61 años, Santa Ana).

No resulta extraño que, además de los momentos en que comparten con la familia y los hijos, las mujeres consideran también momentos importantes de su vida aquellos relacionados con logros profesionales o académicos: el aprendizaje del inglés, el desarrollo de habilidades como conducir un vehículo y la adquisición de propiedades por su cuenta, desde un terreno hasta un vehículo o una casa.

Yo creo que el mejor momento de una mujer es cuando te sentís bien, cuando cada quien encuentra ese camino, esa situación, sea con pareja o sin pareja, con hijos o sin hijos. Yo veo a mi hermana tan feliz sin hijos. Cada quien encuentra su momento cuando encuentra la plenitud. Hay que construirse un poquito (técnica ONG, 51 años, San Salvador).

El mejor momento de mi vida es el que estoy viviendo ahorita porque hago lo que me gusta. Tengo mi trabajo, tengo mi casa, trabajo por el TPS¹² en esa lucha que llevamos y viajo a otras ciudades (motorista, 52 años, Baltimore).

Cuando me toman en cuenta como mujer o me ponen retos en la vida y dicen: “Tenés que lograrlo” (tortillera, 41 años, Arambala).

Cuando nos juntamos con otras mujeres y hablamos sobre nuestras historias y experiencias. También cuando hemos tenido pequeñas victorias y celebramos juntas (activista, 61 años, Suchitoto).

Casarse y tener hijos no resulta suficiente. Los mejores momentos en la vida de una mujer salvadoreña incluyen también la consecución de metas personales o laborales, el conocimiento de sí, la incursión en campos

que aún son considerados masculinos, la resiliencia, el estudio, las amigas y el disfrute de lo que se hace.

2.4. Pertenencia y aporte a la comunidad local y nacional

Otro elemento importante en la construcción de la identidad narrativa es la pertenencia local y nacional. Con relación a qué las hace sentir salvadoreñas, las respuestas abarcan, principalmente, la comida, la familia y “el orgullo de venir de un pueblo”. Y este orgullo se refiere no solo al lugar de nacimiento y crianza, sino a las celebraciones (fiestas patronales), las tradiciones y los paisajes. Esta vinculación es importante no solamente en términos culturales, sino también políticos, pues las ancla a una colectividad y se convierte en una oportunidad para la cohesión social. De ahí que algunas entrevistadas señalan que parte de la identidad salvadoreña es la capacidad de organización y la lucha política en diversos momentos de la historia del país.

En relación con el rol que desempeñan las mujeres, las entrevistadas sostienen que uno de los mayores aportes que ellas hacen a El Salvador es la crianza y el cuidado de las nuevas generaciones. También identifican aportes como el trabajo y el servicio doméstico, el trabajo organizativo, el comercio, la fuerza de trabajo formal e informal, y la construcción del tejido comunitario:

Todo lo que hacen las mujeres, desde levantarse para llevar el sustento a su casa. A la mayoría les toca solas porque no tienen pareja. Aquí hay más mujeres que hombres, la fuerza laboral es más de mujeres (psicóloga, 35 años, Santa Ana).

El comercio. Usted en los mercados va a ver más mujeres que hombres, las ventas. Yo no veo a un hombre vendiendo por catálogo (vendedora de ropa, 49 años, Usulután).

12 Estatus de Protección Temporal para migrantes en los Estados Unidos.

Pienso que la vida de la mayoría de familias en la sociedad salvadoreña está sostenida por mujeres, no solo económicamente. La sociedad les debe a las mujeres una buena parte de su existencia, del tejido familiar, comunitario, social (activista, 61 años, Suchitoto).

¡Uuuf! Las mujeres somos las que sostenemos y las que creamos nuestra sociedad. Nadie más que las mujeres están pendientes de las necesidades básicas, económicas, emocionales, físicas de hombres y mujeres. Entonces, la mujer en El Salvador es la que sostiene al país en todo sentido (consultora, 46 años, Henderson).

Las entrevistadas traen a la memoria los rostros de las mujeres que las criaron. Reconocen que las historias de la mamá, la abuela, la tía o las hermanas mayores, y las admiran por su actitud proactiva y solidaria durante situaciones límites como la guerra o la reciente pandemia; por ser referentes en sus comunidades locales; o por haberse hecho cargo solas de la crianza de los hijos, sea en el territorio nacional o fuera de él.

Admiro a mi hermana, la mayor. Tuvo la valentía de irse lejos (USA). Y yo la admiro porque ella sufrió en la ida, y yo pienso que yo no tendría valor, el valor que tuvo de dejarlas a ellas, a las hijas, porque las dejó bien pequeñas (ama de casa, Santa Ana, 61 años).

Admiro a mi abuela. Ella tenía 96 años cuando murió. Fue hace poco. Tuvo 14 hijos. Fue una mujer sin estudios, pero muy buena, muy querida. Fundó una ermita y le puso el nombre de Santa Teresa porque ella así se llamaba, Teresa. Cuando ella cumplía años, el 14 de octubre, en la comunidad hacía una asamblea y tiraba cohetes en honor a la virgen de Santa Teresa. Cuando ella murió, todo el cantón fue al entierro y toda la gente le tiraba pétalos de rosas cuando pasaba el féretro. Hasta le

hicieron altares en la calle (vendedora de ropa, Usulután, 49 años).

Admiro a las mujeres que luchan por ideales, que se comprometen, que son activas. En el caso de El Salvador, que es una sociedad tan dolida, creo que cada mujer es importante. Porque las mujeres son las que sostienen nuestra familia, nuestras comunidades. Ser mujer en El Salvador es una obra de coraje. Pienso en mujeres de mi pueblo, de Arcatao, que tienen jornadas de trabajo intensas para mantener a sus familias. Luego en la capital, donde cada mujer trata de ganarse una posición de respeto. Creo que las mujeres activistas, las empresarias, las vendedoras del mercado, todas sostienen nuestra economía, cada una juega un rol clave (consultora, 46 años, Henderson).

También reconocen la importancia de otras mujeres que conocen por referencia, ya sea en la escuela o en la televisión. Nombres como el de Prudencia Ayala, la doctora Isabel Rodríguez y la escritora Claudia Lars están asociados a logros excepcionales: defender los derechos de las mujeres, ser la primera rectora de la UES o ser escritora, respectivamente. Pero los logros de estas mujeres parecen ajenos al mundo cotidiano. Más que logros excepcionales, las entrevistadas desean que las mujeres salvadoreñas logren vivir bien:

Uno no quisiera ver que un hombre las maltrate, porque para uno de madre es duro ver eso. Y yo digo, ¿por qué aguantan? Uno quisiera ver que fuera diferente, que no fueran como nosotras fuimos antes (ama de casa, 61 años, Santa Ana).

La forma de pensar: que aprendan que como mujeres tenemos que valorarnos. Suele pasar que, cuando están con una pareja, dejan que las golpeen porque creen que es amor (bachiller, 18 años, Las Vueltas).

La mentalidad pésima que tenemos de sentirnos menospreciadas. Me gustaría no ser tan sensible, emocionalmente, y que fracasar en una relación no me afectara (agente PNC, 28 años, Suchitoto).

Vivir bien significa lograr no solo independencia económica, sino también independencia emocional. Es decir, no basta con aumentar la capacidad de autosostenibilidad a través de una actividad que genere ingresos. Resulta igual o más importante trabajar en la autonomía afectiva de manera que las mujeres sean capaces de establecer relaciones emocionales sanas.¹³ Para lograr estos cambios, las entrevistadas apuntan a un cambio en la educación que se ofrece actualmente a las mujeres. Reconocen en ellas mismas las falencias del sistema educativo nacional, especialmente en el cuanto a las limitadas oportunidades de desarrollo integral:

Cambiaría para que hubiera más oportunidades para aprender cosas que las mujeres quisieran aprender. Más oportunidades para practicar deportes. Que desde niñas puedan

desarrollar *hobbies*. Que los programas de ingeniería que han sido dominados por hombres tengan más apertura a las mujeres (trabajadora social, 60 años, Ottawa).

Impulsar un modelo educativo en el que las mujeres puedan tener más espacios, más acceso a lo que quieran estudiar (asistente, 48 años, Washington, D.C.).

El sistema educativo. Sí, yo creo que hay que transformar el sistema educativo y ahí deben transformarse los roles de género, en el aula. Y ahí podríamos crear una nueva generación de niñas, en las aulas (consultora, 46 años, Henderson).

La Tabla 4 muestra una síntesis de las respuestas de las mujeres entrevistadas sobre lo que tanto hombres como mujeres deberían aprender para vivir en El Salvador del siglo XXI. Lo primero que hay que destacar es que los saberes considerados necesarios tanto para hombres como para mujeres del siglo XXI refieren al conjunto de actividades propias de la economía del cuidado.

Tabla 4. Aprendizajes necesarios para vivir en El Salvador del siglo XXI

Mujeres	Ambos	Hombres
Amarse, valorarse Tomar decisiones Ser ella misma Conocerse y valorarse a sí misma Ser independiente no solo económica, sino emocionalmente	Aprender un oficio para ganarse la vida Trabajar para subsistir, la escuela no basta Labores de la casa: cocinar, limpiar, lavar, cuidar Pensar de manera crítica Expresar lo que sienten	Respetar a las mujeres Unirse, no rivalizar Empatía Compartir tareas en la casa Cuidar Trabajar en equipo

Fuente: elaboración propia con base en las entrevistas realizadas.

El segundo elemento es que los aprendizajes específicos que las entrevistadas identificaron para hombres y mujeres están asociados

al ámbito de la convivencia. De alguna manera, se percibe una aspiración de equidad en las relaciones entre mujeres y hombres para

13 Ver Aiquipa Tello, J. (2015). Dependencia emocional en mujeres víctimas de violencia de pareja. Ver también Congost, S. (s. f.). *Manual de dependencia emocional afectiva*.

las futuras generaciones. Pareciera que, aunque la violencia es una dinámica normalizada, las mujeres entrevistadas no renuncian a la posibilidad de vivir relaciones de respeto y cuidado.

Las mujeres tienen que aprender a respetarse. Y el respeto no tiene que ver con moralismos. El respeto a sí misma pasa por elegir correctamente quién es tu tribu. Eres consciente del valor que tienes; entonces, no te expones a cualquier situación. El ser humano se desarrolla completamente cuando vive en un contexto seguro (consultora, 46 años, Henderson).

Los aprendizajes vitales apuntan a saber elegir la red de relaciones que sostiene a cada una de las mujeres. En el siglo XIX, la expresión “la mujer debe darse a respetar” aludía a la noción de la moral virtuosa y a la imagen que la mujer debía mantener ante la sociedad para honrar al marido. En el siglo XXI, darse a respetar es una cuestión de sobrevivencia: el respeto a sí misma supone saber elegir a las personas que forman parte del círculo más cercano para garantizar relaciones sociales y entornos seguros.

Uno de los entornos donde las mujeres dijeron recordar relaciones de respeto y cuidado fue la escuela. Con claridad y precisión, nombraron al docente que más recuerdan: la niña Tinita, Bety, la señora de Miranda, la seño Teresita y otros muchos nombres se asocian a una experiencia de aprendizaje cálido y amoroso.

Se llamaba Josefina, era de bachillerato. Ella me apoyó. Creyó en mí.

Teresita, me dio la confianza de que yo podía hablar en público.

Angélica, de quinto grado. Me defendió de mis compañeros porque a los chalatecos nos veían de menos en Quezaltepeque.

Luis se llamaba, él me dio quinto y sexto. Él me decía: “Mirta, ¿va a estudiar más?”. “Quién sabe —le decía yo—, porque tengo que ayudar y trabajar con mi papá”. Entonces él se ofreció a llegar por la tarde para darnos clase a mí y a otros compañeros para seguir estudiando. Y nos aconsejaba.

En la memoria de las entrevistadas, tiene mucho peso la relación que establecieron con estas personas. Aquí hay que recordar que la docencia es una práctica que descansa en el compromiso de establecer relaciones de confianza y cuidado. La filósofa Nel Noddings considera que los productos más valiosos del proceso de enseñanza-aprendizaje son relacionales: el entusiasmo intelectual, la satisfacción compartida ante un descubrimiento o ante un material nuevo, la experiencia de seguridad en una clase con un clima de entendimiento y cortesía (Noddings, 2003).

Reconocer el poder simbólico de la docencia en la formación de las nuevas generaciones ofrece una oportunidad de que cada aula se convierta en un espacio no solo para estimular horizontes más amplios para la formación de las niñas y los niños, sino también para transformar el imaginario colectivo sobre las relaciones de género a través de la modificación de las interacciones pedagógicas cotidianas. Cada docente, sea hombre o mujer, tiene en sus manos la posibilidad para hacer transitar al estudiantado de relaciones de competencia a relaciones de cooperación; de la dependencia al desarrollo de la autonomía; de la pasividad y la receptividad a la actividad y la creatividad; y de la mera igualdad numérica a la verdadera equiparación de condiciones y oportunidades.

La idea de que las mujeres sostienen al país no es fruto del entusiasmo ingenuo. Las entrevistadas apuntan a la necesidad de un cambio estructural en el modelo de relaciones vigente a través de los procesos de educación cotidianos, tanto en la familia como en la escuela.

2.5. Proyecciones

Un último elemento asociado con la identidad narrativa es el de la proyección de los deseos y los sueños: ¿qué harían si tuvieran tiempo y dinero suficiente? Las respuestas se concentran en tener algo propio, ya sea un terreno, un proyecto o un vehículo para desplazarse. El sueño de tener algo propio no es solo para ellas, sino también *para-otras*.

Yo compraría una casa para mi hija, la que vive en Coatepeque, porque ella no tiene nada. Ella es de escasos recursos. Eso es lo que yo desearía, comprarle una casa (ama de casa, 61 años, Santa Ana).

Quisiera mi casa. Comprar un pedacito de tierra para tener algo propio (tortillera, 41 años, Arambala).

Pienso en todos mis nietos. Tengo ese bicho que yo le digo que estoy criando y estoy haciendo mi ahorro para él. Yo les compraría su casa, para que mi hija no ande alquilando (cocinera, 71 años, Suchitoto).

A mí me encantaría poder crear una granja comunitaria, ese es uno de los grandes ideales. Mi sueño es una granja donde yo pueda producir, cultivar, convivir con los animales, tener una pequeña comunidad, como la vida de pueblo (consultora, 46 años, Henderson).

Quieren también conocer nuevos lugares y tener otras experiencias, ver cómo viven las mujeres en otros países, o salir del país para especializarse en su profesión. El anhelo es ampliar los confines del universo cotidiano:

Comprar un carro, llevar de viaje a mi mamá (abogada desempleada, 23 años, Morazán).

Creo que viajar, conocer Europa. Quisiera conocer España, conocer dónde hacen los perfumes, donde está la torre, Italia, conocer

otras culturas. Quisiera dominar el inglés (vendedora de ropa, 49 años Usulután).

Creo que me encantaría viajar por el mundo para conocer más gente (técnica en ONG, 30 años, San Salvador).

Uno de mis sueños es viajar. Es conocer países, hacer *tour* también en un viaje marítimo, todo el océano. Sí, yo mientras esté viva, digo que uno de mis sueños es viajar, yo solo voy a esperar que mis hijos crezcan y de ahí ganar solo para mí... ¡o tal vez me gano la lotería! (risas) (técnica ONG, 35 años, Tecoluca).

Conocer otras partes del mundo, cómo viven las mujeres, y si pudiera intentar ayudar a que todas vivamos mejor, eso me gustaría (activista, 61 años, Suchitoto).

Irme de vacaciones con mi esposa. Europa... ¡Barcelona! (warehouse manager, 44 años, Orlando).

Contrario al mandato de *ser-para* y *ser-de-los-otros*, los sueños de viajar de estas mujeres apuntan a explorar otros horizontes. Pareciera que la vida de una mujer ya no se concibe de manera estática, confinada a la dinámica doméstica. Incluso la crianza comienza a dibujarse como uno de los momentos de la vida, no el que la define. Por ello, varias de las entrevistadas expresaron el deseo de desempeñarse en otros ámbitos, de desarrollar otras habilidades, otras destrezas, otras inteligencias.

Quisiera viajar y especializarme en sistemas educativos, educación comparada, ir y ver (técnica en ONG, 34 años, San Salvador).

Sería un agente de ciberseguridad. Es otro nivel de garantizar nuestros derechos como mujeres (técnica ONG, 36 años, San Salvador).

Sería psicóloga. Siempre soñé con ser psicóloga (vendedora por catálogo, 42 años, Santa Ana).

Ser abogada o embajadora. No me gusta la política, pero me encanta relacionarme con los derechos de las personas y que se hagan cumplir los derechos de la mujer y de la niñez (bachiller, 18 años, Las Vueltas).

¡Púchica, me encantaría ir a vivir al campo! Dedicarme a escribir, a estudiar. Al mundo más de lectura, la naturaleza. Es una de mis fantasías. Dejar el acelere, cosechar cosas y escribir algo (técnica ONG, 51 años, San Salvador).

¡Uy! Creo que música... es algo que he pensado (técnica, ONG, 36 años, Suchitoto).

Abriría muchos salones o academias con mi nombre (cosmetóloga, 31 años, Suchitoto).

Los sueños y deseos de estas mujeres son una especie de acicate para la sociedad salvadoreña. De alguna manera, nos muestran los vacíos de las propuestas educativas actuales, no solo de la educación escolar, sino de las distintas iniciativas dedicadas a la formación permanente de las mujeres. La ampliación del imaginario colectivo sobre el aporte social, político, científico, económico y cultural de las mujeres también depende de la creatividad y la capacidad de innovación de quienes están a cargo de la formación de las nuevas generaciones.

3. Conclusiones

La palabra coraje deriva del latín *cor*, que significa “corazón”. Tener coraje es sinónimo de tener valor, de echar el corazón por delante. En la Edad Media, el coraje era el centro de la vida interior, el lugar donde se ubicaban los sentimientos, los pensamientos y la voluntad. Las narrativas recogidas en esta investigación no son de mujeres extraordinarias o excepcionales. Son voces de mujeres desconocidas, cuyas historias están atravesadas por el coraje.

El acercamiento a estas narrativas permitió una aproximación inicial a la cotidianidad de estas mujeres que viven en las áreas urbanas y rurales de El Salvador. Es posible que una investigación sobre las prácticas cotidianas de estas mujeres nos ofrezcan una información más rica y compleja sobre los procesos que contribuyen a mantener o desestructurar la identidad femenina patriarcal. Y hacia ese ámbito podrían enfocarse futuras investigaciones. Mientras tanto, la información recogida posibilita construir pistas sobre las continuidades y las rupturas del modelo de feminidad patriarcal.

3.1. Continuidades

La idea de feminidad presente en las narrativas de las mujeres entrevistadas presenta algunos elementos de continuidad con la identidad femenina patriarcal. El primero es la legitimación de la subordinación de la mujer al varón, sea este el padre o el marido. Persiste, sobre todo, en el tipo de crianza orientada a que la mujer aprenda a hacer bien el trabajo doméstico “para no dar motivo” a que su pareja les reclame sus fallas y recurra al maltrato verbal o físico para corregirlas. El discurso presente en esta crianza no solo refuerza la idea de la subordinación de las mujeres, sino que las culpabiliza y legitima la violencia contra ellas.

El segundo elemento es el mandato de la maternidad. A pesar de las condiciones de precariedad en las que vivieron el embarazo, el parto o la tarea de la crianza, ser madre sigue siendo considerado por ellas uno de los principales elementos de su narrativa identitaria. La idealización de la maternidad como destino ha contribuido a normalizar el embarazo como un estado deseable, incluso en la adolescencia. Pese a la reducción de embarazos adolescentes, todavía uno de cada cuatro embarazos en El Salvador ocurren en niñas y adolescentes menores de 19 años.¹⁴ Si bien no se trata de desechar la maternidad como opción

14 Puede consultarse el mapa en Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA). (2021). Llegar a cero

de vida, es importante recordar el hecho de que los embarazos no solo representan una interrupción del proyecto de vida de las niñas y adolescentes, sino que también son reflejo de la vulneración de sus derechos al estar expuestas a violencia y abuso sexual en la familia.

Por último, un tercer elemento de continuidad con el modelo de feminidad patriarcal es la presencia de barreras simbólicas que limitan las posibilidades de las mujeres. Aun cuando en el discurso las mujeres afirman no haber experimentado limitaciones por el hecho de ser mujeres, la experiencia vital está marcada por la negación de acceder a ciertos espacios, actividades o profesiones que todavía son consideradas propias de los varones. Desde esta perspectiva, aun cuando no haya golpes o agresiones físicas, las mujeres salvadoreñas son víctimas de la violencia simbólica. La Ley Especial Integral para una Vida Libre de Violencia contra las Mujeres (LEIV), señala que es la violencia simbólica es aquella que se expresa por medio de mensajes, valores, iconos o signos que transmiten y reproducen relaciones de dominación, desigualdad y discriminación en las relaciones sociales que se establecen entre las personas y naturalizan la subordinación de la mujer en la sociedad.

La permanencia de estos elementos no se debe solo a que la familia los reproduce, sino que también se encuentran profundamente arraigados en la cultura escolar donde los niños y las niñas configuran sus primeras relaciones sociales. La apuesta del sistema educativo salvadoreño, lejos de ser contracultural, reproduce el orden social basado en el principio de dominación jerárquica, corazón del sistema patriarcal.¹⁵

3.2. Rupturas

Aun cuando la rutina diaria de las mujeres sigue organizada en función de otros y para

otros, es importante señalar que no se percibe en ellas una idealización de la vida doméstica. Por el contrario, la idea de que la preparación de alimentos, la limpieza de la casa y la crianza son tareas naturales en las mujeres queda desmontada por una narrativa en la que las mujeres se permiten hacer visible el desgano, el cansancio y la frustración que experimentan al final del día. En esta misma narrativa, el descanso y el entretenimiento son asumidos sin culpa como momentos de placer. Hablar del descanso y el placer como parte de la rutina cotidiana supone una ruptura del modelo de feminidad patriarcal que niega las necesidades y los deseos de las mujeres.

En la interpretación que las mujeres hacen de sí mismas, la red de relaciones inmediatas es fundamental. Ya sea para vivir momentos de ocio o de diversión, o para hacer frente a problemas y situaciones difíciles, la complicidad y la solidaridad se activa entre vecinas, amigas y mujeres de la familia. Incluso en el caso de las mujeres migrantes, estas redes de apoyo se mantienen a través de las redes sociales digitales y de la mensajería instantánea, especialmente después de la pandemia. En este sentido, las mujeres se interpretan a sí mismas como personas sostenidas por un tejido de relaciones donde si bien los hombres —maridos, hermanos, pastores y sacerdotes— están presentes, no son las únicas voces con posibilidad de influencia.

Las narrativas de las mujeres entrevistadas también permiten identificar factores o condiciones que favorecen este proceso de desestructuración de la feminidad patriarcal. En primer lugar, están los otros modelos de crianza. Sea a través de la abuela, la tía, la madre o el padre, estos modelos de crianza favorecen la expansión de los horizontes de las niñas. Estas personas funcionan como una especie de transición entre la identidad patriarcal y las nuevas identidades femeninas, ya sea porque su ejemplo inspiró a las niñas o porque las apoyaron —moral y económica-

embarazos en niñas y adolescentes - Mapa El Salvador 2020.

15 Ver Marroquín P., A. y Vásquez M., O. (2019). Hacia un modelo de colaboración solidaria: reflexiones culturales desde la educación.

mente— para completar sus estudios, construir autonomía emocional e independencia económica. Las mujeres que experimentaron este tipo de crianza vieron que los hombres y las mujeres de su casa asumieron tareas domésticas en corresponsabilidad y establecieron relaciones más horizontales. Esta experiencia ha contribuido no solo a desestructurar la identidad femenina patriarcal, sino también el modelo de masculinidad dominante.

Otro elemento que parece contribuir a la desestructuración de la identidad femenina patriarcal es el contacto con historias de mujeres empoderadas, ya sea en su círculo familiar, en el ámbito público o a través del cine y la televisión. La narrativa identitaria de las entrevistadas reconoce como admirables a las más cercanas a ellas: madres, tías, abuelas y hermanas mayores. Las admiran por su valor, fuerza, capacidad de decisión, creatividad y solidaridad en contextos tan adversos como los de la guerra o la posguerra, o durante la reciente pandemia, ya sea dentro o fuera del territorio nacional. Escuchar las historias de estas mujeres les permitió constatar que la realidad rompe con lo que el mandato patriarcal establece para el deber ser femenino.

En el ámbito público, la admiración incluye a mujeres políticas, profesionales y empresarias que han conocido a través de noticieros o revistas matutinas de televisión. Esto es relevante puesto que, aun cuando la industria cultural tiende a difundir estereotipos femeninos, la apuesta por la equidad de género y la visibilidad de la diversidad de mujeres se ha colado ya en el cine, la música y la televisión. A la luz de estas narrativas disruptivas del modelo femenino patriarcal, las mujeres interpretan sus propias experiencias de discriminación, abuso, violencia sexual o abandono como un punto de giro en la constitución de una feminidad fuerte, decidida y autónoma. Esta constatación obliga a volver la mirada al potencial de los medios de comunicación

masiva: tienen en sus manos el poder para mantener o ampliar las representaciones, los discursos y las narrativas sobre lo que significa ser mujer en El Salvador del siglo XXI.

Un último elemento identificado en la narrativa identitaria de las mujeres entrevistadas es el de la proyección de deseos y sueños. Aunque el modelo patriarcal destinó a las mujeres la función eterna de la crianza y el cuidado de lo doméstico, los sueños son rutas potenciales hacia la expansión de los horizontes de las mujeres. Sin renunciar a la posibilidad de asegurarse un lugar propio para vivir, las mujeres entrevistadas quieren viajar, desplazarse, salir de los confines del universo cotidiano, conocer cómo viven otras mujeres y experimentar otros mundos. Se trata del mismo deseo y espíritu inquieto que movilizó a las mujeres viajeras del siglo XIX.¹⁶ El viaje representa la placentera posibilidad de dejar de *ser-para* y *ser-de-los-otros* y comenzar a ser mujer para sí misma, desvinculada del milenario arquetipo femenino como ese ser eterno e inmutable. Y eso, aún en nuestros días, resulta revolucionario.

3.3. Tareas pendientes

Como todo proceso de transformación cultural, la desestructuración de la identidad femenina patriarcal es resultado de varios factores. En El Salvador, el lento proceso de ampliación semántica del término mujer se puede rastrear desde el siglo XIX. En medio de la discusión pública en torno a la instrucción intelectual de las mujeres, la graduación de la primera salvadoreña como doctora en Ingeniería Topográfica en 1889 marcó un hito en el desmontaje de la limitada representación de las mujeres en la que lo propio de la feminidad era el ámbito doméstico (Vásquez Monzón, 2014).

Sin duda, este proceso de desmontaje ha continuado a lo largo del siglo XX gracias al trabajo sostenido de las organizaciones

16 Ver Ruiz, R. (2019, 5 de marzo). Viajeras revolucionarias: ocho ejemplos de mujeres que han hecho historia; Ruiz-Nicoli, B. (2018, 28 de mayo). Ellas viajaron solas: las inspiradoras historias de ocho mujeres de armas tomar; Huguet Pané, G. (2019, 19 de marzo). Las aventuras y viajes de grandes mujeres.

de mujeres y de los movimientos feministas que posicionaron en público la noción de los derechos de las mujeres. La reivindicación que estos colectivos han hecho del derecho a la participación política, a una vida libre de violencia y a una educación en salud sexual y reproductiva, entre otros, ha cuestionado en buena medida el imaginario colectivo en torno al rol de las mujeres en las sociedades actuales.

Los hallazgos de la presente investigación permiten pensar que, en términos culturales, además de las políticas públicas o los marcos legales, la desestructuración de la identidad femenina patriarcal pasa por un cambio en la manera como las mujeres se interpretan a sí mismas, en contraste con el rol asociado a la femineidad en los últimos doscientos años. La exploración de narrativas a partir de los usos y las costumbres cotidianas permitió constatar que la interpretación que cada mujer hace de sí misma se construye desde aquellas experiencias de empoderamiento que resultan de la ruptura con los rasgos que el imaginario colectivo asocia a la femineidad: sumisión, dependencia, fragilidad, pasividad, delicadeza, temor, y de resignificar el término femineino a partir de las experiencias cotidianas de valor, fuerza, resistencia, creatividad e iniciativa de muchas salvadoreñas.

Los cambios estructurales pasan necesariamente por cambiar las prácticas de la cotidianidad. No bastan los conceptos ni los discursos. Aunque son necesarios para construir las argumentaciones que sostienen las políticas y los marcos normativos, el cambio del imaginario colectivo pasa por experiencias vitales empoderadoras y disruptivas del orden patriarcal, tanto en las mujeres como en los hombres. Tampoco bastan los eventos ni las celebraciones. Si bien constituyen momentos importantes de celebración o de visibilidad de los logros alcanzados, el desmontaje de la identidad femenina patriarcal parece ser resultado de los cambios sostenidos en las rutinas e interacciones cotidianas, y de hacer visibles esos cambios. Expresiones como “Así como a ella me pasó a mí” o “Si ella pudo hacerlo, yo

también puedo” supone escuchar, recopilar y tejer las historias de miles de mujeres que no han tenido la oportunidad de interpretarse a sí mismas y de contar su propia historia.

Referencias bibliográficas

Aiquipa Tello, J. (2015). Dependencia emocional en mujeres víctimas de violencia en parejas. *Revista de Psicología*, 33(2), 412-437. <http://www.scielo.org.pe/pdf/psico/v33n2/a07v33n2>

Blandón, F. y Herrera, M. (2007). *Expresiones organizativas de mujeres a nivel municipal*. Fundación Nacional para el Desarrollo (FUNDE).

Carballo, W. (2016). El ocaso de las diosas. Las narrativas sobre la mujer contadas a partir de la figura de la estrella en el periodismo de espectáculos impreso salvadoreño. *Realidad. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 147, 115-151. <https://doi.org/10.5377/realidad.v0i147.4032>

Congost, S. (s. f.). *Manual de dependencia emocional afectiva*. <https://www.psicok.es/guias/2018/6/02/dependencia-emocional-afectiva>

Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC) (2019). *Boletín Estadísticas de Género. Edición Especial 2019*. https://onec.bcr.gob.sv/observatorio.genero/salarios/Boletin_Edicion_Especial_2019.pdf

Flores, M. J. (2013). Del discurso a la política educativa dirigida a la mujer en El Salvador (1894-1924), en J. Viegas Guillem (Comp.), *Historias de mujeres, mujeres de historia en El Salvador* (pp. 81-116), Dirección Nacional de Investigaciones en Cultura y Arte (DNI).

Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA). (2021). *Llegar a cero embarazos en niñas y adolescentes - Mapa El Salvador 2020*. https://elsalvador.unfpa.org/sites/default/files/pub-pdf/mapa_embarazos2020_elsalvador_.pdf

Guzmán Velasco, N. (2017). La homogenización de la cultura de lo femenino y de la imagen de la mujer a través de la oferta televisiva estadounidense de los últimos cincuenta años. *Realidad. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 114, 621-641. <https://doi.org/10.5377/realidad.v0i114.3948>

Hernández, C. (2021). *Tomar tu mano*. Laguna Libros.

Herrera, M. (2008). *Movimiento de mujeres en El Salvador 1995-2006: estrategias y miradas desde el feminismo*. Fundación Nacional para el Desarrollo (FUNDE).

Huguet Pané, G. (2019, 19 de marzo). Las aventuras y viajes de grandes mujeres. *National Geographic*. https://viajes.nationalgeographic.com.es/a/aventuras-y-viajes-grandes-mujeres-que-hicieron-historia_12222

Lagarde, M. (2008). Identidad femenina, en J. R. García Ortega (Comp.), *Compilación sobre género y violencia* (pp. 33-40). Instituto Aguascalentense de las Mujeres. http://cedoc.inmujeres.gob.mx/insp/compilacion_genero.pdf

Marroquín P., A. y Vásquez M., O. (2013). La mujer salvadoreña. Mitologías y rostros en la prensa escrita, siglos XIX y XXI, en M. Albisúez Gil y A. Ortiz Wallner (Eds.). *Poéticas y políticas de género. Ensayos sobre imaginarios, literaturas y medios en Centroamérica* (pp. 33-58). edition tranvía-Verlag Walter Frey.

Marroquín P., A. y Vásquez M., O. (2019). Hacia un modelo de colaboración solidaria: reflexiones culturales desde la educación, en Marroquín, A., Vásquez, O., Escoto, A., Aguirre, L. y Baires, S. *Siglo XX. Cultura, violencia y territorio* (pp. 13-37). Instituto Nacional de Formación Docente (INFOD).

Ministerio de Cultura (2018). Estudios de género y feminismo en El Salvador y Centroamérica. *Identidades. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 13. Dirección de Publicaciones e Impresos (DPI).

Ministerio de Cultura (2019). Estudios de género y feminismo en El Salvador y

Centroamérica. *Identidades. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 14. Dirección de Publicaciones e Impresos (DPI).

Monreal, L. C. (1884). *Cartilla de higiene y economía doméstica para uso de las escuelas de niñas*. Imprenta de Gregorio Juste.

Noddings, N. (2003). Is teaching a practice? *Journal of Philosophy of Education*, 37(2), 241-251. <https://doi.org/10.1111/1467-9752.00323>

Ramos Escandón, C. (1992). *Género e historia: la historiografía sobre la mujer*. UAM Iztapalapa.

Ricoeur, P. (1999). *Historia y narratividad*. Paidós.

Rodríguez, L. (2021). Los manuales de economía doméstica en la escuela: contabilidad hogareña, educación de las emociones y enseñanza práctica para el hogar (Argentina, fines del siglo XIX y principios del XX). *Estudios del ISHiR*, 11(30), 1-25. <https://ojs.rosario-conicet.gov.ar/index.php/revistaISHIR/article/view/1416/1939>

Ruiz, R. (2019, 5 de marzo). Viajeras revolucionarias: ocho ejemplos de mujeres que han hecho historia. *elDiario.es*. https://www.eldiario.es/viajes/viajes_con_historia/viajeras-revolucionarias-ejemplo-mujeres-historia_1_1663035.html

Ruiz-Nicoli, B. (2018, 28 de mayo). Ellas viajaron solas: las inspiradoras historias de ocho mujeres de armas tomar. *Condé Nast Traveler*. <https://www.traveler.es/viajeros/articulos/mujeres-viajeras-solas-siglos-xix-xx/12735>

Tamayo, J. J. (2014). Prólogo, en Vásquez Monzón, O. *Mujeres en público. El debate sobre la educación femenina entre 1871 y 1889* (pp. 9-14). UCA Editores. <https://en.calamleo.com/read/000730329284859217bcb>

Torres Sánchez, R. (1995). La vida cotidiana: concepto y coordenadas. *Anuario de Estudios Urbanos*, 2, 13-39. <https://espaciosurbanos.azc.uam.mx/index.php/path/article/view/283/272>

Turcios, R. (2003). *Autoritarismo y modernización: El Salvador 1950-1960*. Dirección de Publicaciones e Impresos (DPI).

Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). (2014). *Violentómetro*. Cátedra UNESCO de Derechos Humanos de la UNAM. <https://catedraunescohdh.unam.mx/catedra/violencia/violentometro.html>

Vásquez Monzón, O. (2014). *Mujeres en público. El debate sobre la educación femenina entre 1871 y 1889*. UCA Editores.

Vásquez Monzón, O. (2015). Coquetas, ociosas en inclinadas al baile. Paradojas del discurso liberal decimonónico en El

Salvador, en R. Valdés (Coord.), *¿Hacia una república incluyente? Religión, educación, mujeres. El Salvador siglo XIX* (pp. 159-206). Editorial UEES. https://www.academia.edu/37906262/Coquetas_ociosas_e_inclinadas_al_baile_Paradojas_y_ambig%C3%B3nidades_del_discurso_liberal_decimon%C3%B3nico_en_El_Salvador_pdf

Vásquez Monzón, O. (2021). Aprender a vivir en compañía: pensar la convivencia escolar desde la ética del cuidado. *Realidad, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 157, 149-175. <https://doi.org/10.5377/realidad.v1i157.12330>